



CAPÍTULO XX

La república cristiana.

Lo que acabamos de exponer nos lleva á tratar más especialmente del influjo que sobre la civilización ejercieron las ideas religiosas, único remedio y contrapeso contra la fuerza dominante. Al principio no hubo sociedad religiosa; los emperadores no conocían á los cristianos más que para perseguirlos, y no quedaba á la Iglesia otro recurso más que el de callar, sufrir y sostener con los consejos y con el ejemplo la perseverancia de sus fieles, que vivían á la expectativa. Obligados luego á combatir, tuvieron que agruparse en torno de sus capitanes, los obispos, que por su posición y virtud se encontraban más en el caso de hacer el bien y más expuestos á sufrir males, de manera que la jerarquía instituida por los apóstoles adquirió hasta un poder político, opuesto y resistente al civil, y sostenido por la caridad, tan necesaria entre tantas desgracias, y por la ciencia sagrada, creciente á la vez que la profana decaía.

Cuando con el favor de Constantino la Iglesia cesó de chocar con la religión del Estado, se afirmaron estos privilegios y esta influencia, y todo cuanto perdían el trono y el gobierno municipal iba á parar á los obispos, prontos á reemplazarlos en todo cargo en que pudiesen auxiliar á sus hijos y disminuir sus padecimientos. Ya en la decadencia del imperio se nos han presentado obispos y papas en aspecto majestuoso, y más importante que el de los

débiles Augustos; pero cuando su fuerza se desplegó en toda su grandeza fué después de la invasión de los bárbaros. Entonces cayó el simulacro de la antigua monarquía hacia la cual la Iglesia había contraído hábitos de sumisión, que aunque fuesen de mera apariencia, dificultaban su acción libre y tranquila. Respecto de los nuevos reyes cambiaba de posición; y siendo el único poder constituido que quedaba cuando todos los demás yacían por tierra, adquiría el vigor é inspiraba el respeto que son propios del orden. Acostumbrados los bárbaros á destrozarlo todo con las férreas mazas, no podían ser domados por la fuerza, ni civilizados por una literatura que despreciaban ó no comprendían; pero salieron al encuentro el clero, con doctrinas sencillas y claras, resplandeciente con la pompa que tanto poder ejerce sobre imaginaciones groseras, con una jerarquía firme y unánime, con una fe que no requería sutilezas de raciocinios, sino que mandaba creer, y era confirmada por una moral, cuya santidad debían comprender aún violándola; un clero que combatía, no con las armas, sino con la palabra; no con ultrajes irritantes, sino con razones poderosas, y que en nombre de Dios les intimaba que cesasen de exterminar á los hombres.

Y fué un inmenso beneficio que en medio del desorden universal hubiera quien disminuyese un tanto sus efectos, y quien hablase á

los bárbaros, á los cuales Roma no sabía más que insultar y temer. Inermes sacerdotes penetraban entre aquellas hordas, y con el bautismo les inspiraban alguna idea de humanidad, enseñándoles á suspender la cimitarra, cuando reconocían un hermano en aquel sobre cuya cabeza la habían levantado. Los débiles encontraban siempre protección en la Iglesia, según el mandato de su fundador; al pie de los altares se refugiaban los perseguidos; junto á los conventos se reunían los mercaderes y artesanos; en los monasterios se escondían las vírgenes en peligro, los ministros degradados y los reyes destronados; y el pueblo, que convierte en milagros todas las cosas, expresó los beneficios del clero con poesía vulgar en aquellos monstruos, en aquellas hidras, de las cuales referían las leyendas que los eclesiásticos libertaron á las ciudades.

Los obispos desempeñaron con decoro igual á su caridad su sublime misión, poniéndose al lado del pueblo y de los oprimidos, y como padres de su rebaño saliendo al encuentro de los vencedores para amansarlos ó pactar con ellos; y el respeto de que estaban rodeados y la santidad de su carácter, obligaban á Atila y Genserico á respetarlos. Ellos eran los encargados de las embajadas; ellos administraban en ausencia de los magistrados. Epifanio, obispo de Pavia, fué enviado á los reyes borgoñones, Gundebaldo y Godegisilo, con el encargo de obtener la libertad de muchísimos prisioneros italianos, á quienes condujo á su patria en triunfo magnífico, logrando que Teodorico los socorriese; y después, cuando los ligurios fueron molestados por las correrías de los transalpinos, solicitó el mismo Teodorico la exención de una tercera parte del tributo. Para rescatar esclavos, San Cesáreo, obispo de Arles, vendió patenas y cálices, diciendo: «Cristo cenó con platos de barro, no con vasos de plata.» Euspicio, obispo de Sergiópolis, á orillas del Eufrates, compró al persa Cosroes doce mil prisioneros que había hecho en Sasa. San German, obispo de París, daba de limosna hasta su túnica, «de manera, que frecuentemente tenía» frío, al paso que sus beneficiados tenían calor; sobre todo, quería redimir esclavos, y es

»indecible el número de los que rescató en todas las naciones vecinas. Cuando ya nada le quedaba que dar, se ponía triste; si alguno le invitaba á un banquete, exhortaba á los convidados á unirse para el rescate de los cautivos; y si recibía alguna cosa, se alegraba su semblante y caminaba más ágil, como si redimiendo á los demás se libertase él mismo.»

Alguna vez también se vieron obligados por la necesidad á ejercer derechos reales. Honorato de Novara fortificó algunos lugares á manera de puestos militares, para servir de abrigo á los suyos, mientras que Odoacro y Teodorico se hacían mutuamente la guerra; Nicecio, obispo de Tréveris, hombre apostólico y buen pastor, recorriendo el campo, «construyó en él» para defender su rebaño un redil, rodeó la colina de treinta torres que la cerraban por todos lados, y elevó también un edificio en donde antes daba sombra un bosque.» Así se apropiaba la Iglesia una parte de aquella fuerza; y así como los conquistadores la empleaban sólo en actos de violencia, ella la usaba para educación de los pueblos insubordinados, ó para defensa de los oprimidos.

Con los longobardos terminó la gran emigración germánica; las diferentes naciones tomaron residencia fija: sin embargo, vivían desunidas y enemigas; y entre intereses tan diversos, entre enemistades hereditarias, ¿qué fuerza humana hubiera podido reunirlos? Sólo la de la Iglesia, que se alzó precisamente á tiempo de regenerar la sociedad, reuniendo los diversos reinos en una república fraternal. Á tal fin, convenía darles la unidad de creencia, desarraigando las herejías y los restos del paganismo bárbaro ó civilizado; curar los males procedentes del abuso de la razón, y someter al orden moral la fuerza devastadora. Esto explica el cuidado que pusieron los obispos y los papas en convertir á los reyes; porque cuando Clodoveo, Autaris ó Eitelberto inclinaba su cabeza para recibir el bautismo, no se trataba sólo de un hombre ganado para la ley de Cristo, sino de una nación conquistada para la humanidad. Los monjes con incansable celo, se ocupaban en regular las creencias, y reformar la vida de los bárbaros; y los pasos de estos



héroes ignorados, son los de la civilización, que merced á ellos se difundió por todas partes.

Los vándalos renunciaron al error solamente cuando se disolvió su reino, y lo mismo sucedió respecto de los ostrogodos en Italia. Ya hemos visto los felices esfuerzos de Remigio en Francia, de Gregorio Magno entre los longobardos, y de Agustín entre los anglo-sajones. Apenas dió el ejemplo Clodoveo, los obispos de Colonia, de Noyon y de Tongres, enviaron apóstoles á los países ocupados por los francos septentrionales; San Remoclo fundó las abadías de Establo y Malmedy; al rededor de la catedral erigida sobre la tumba de San Lamberto, se alzó la ciudad de Lieja (707); otra á orillas del Rhin conserva el nombre de San Goar, aquitano, el cual la fundó con los milagros y la predicación; y San Amando, natural de Nán-tes, en tiempo de Dagoberto, convirtió á los habitantes de Gante, sanguinarios adoradores de los ídolos, pasando en seguida á predicar entre los esclavones.

El estilita Wulfliac hizo una guerra muy viva al paganismo en las Galias, y decía á Gregorio de Tours: «Cuando llegué al territorio de Tréveris, encontré un simulacro de Diana, adorada todavía por los naturales; con mis manos fabriqué en esta montaña la casita que veis; alcé una columna, en la cual me coloqué enteramente descalzo, padeciendo tanto con el rigor del invierno, que hasta se me cayeron las uñas, y de la barba me colgaban tépanos. Mi comida era hierba, poco pan y menos agua. Pero principió á acudir gente de los alrededores, y yo les predicaba que Diana no existía; que el simulacro y los demás objetos de su culto eran mentiras sin objeto; que los himnos que solían cantar entre los excesos de la bebida y de la lascivia, eran indignos de la divinidad, y que era mejor ofrecer sacrificios de alabanzas al Señor omnipotente, el cual había creado el cielo y la tierra. Rogué igualmente á Dios, que se dignase derribar el ídolo, y librar á aquel pueblo de los errores; su misericordia ablandó aquellos duros corazones, y prestando oído á mis palabras, los dispuso á dejar los ídolos y á seguir al Señor. Reuní algunos de ellos para derribar con su ayuda

»el inmenso simulacro, para lo cual no basta-
»ban mis fuerzas, aún cuando ya había de-
»molido otros. Muchos se reunieron al rededor
»de la estatua, rodeáronla de cuerdas y prin-
»cipiaron á tirar; pero no se movía á pesar de
»sus esfuerzos. Habiendo ido entonces á la ba-
»síllica, me posté en tierra, y llorando supli-
»qué á la misericordia divina que destruyese
»con su celestial poder lo que no podía hacer el
»terrestre. Después de la oración salí y fui á
»encontrar á los trabajadores; tomé la cuerda,
»y principiaron á tirar de nuevo, cayendo al
»suelo el ídolo al primer impulso; lo despeda-
»zamos después, y con martillos de hierro lo
»reducimos á polvo.»

Del fondo de la Irlanda, además de San Columbano, uno de cuyos prosélitos fundó la ciudad de San Galo, se presentó Kilian á predicar en los contornos de Wurzburg, capital de los antiguos turingios, y bautizó al duque Gesberto; pero queriéndolo obligar á separarse de su cuñada, con quien se había casado, fué muerto por ésta en venganza (689). Porque, en efecto, si los ídolos eran derribados con poco trabajo, fué necesaria mucha sangre para regenerar la familia. Con frecuencia la esposa arrojada de un lecho incestuoso, perseguía con el acero y el veneno al misionero: y en ocasiones seducida por otro, acusaba al santo de corruptor, exponiéndolo á la venganza de los parientes. ¡Cuánto tiempo, cuántos esfuerzos fueron menester para que aquellos duques poderosos, á quienes el uso permitía por honor tener muchas mujeres, llegasen á publicar en sus leyes las severas máximas del matrimonio cristiano!

El monje inglés Egberto, no pudiendo ir en persona, envió misioneros para evangelizar á los frisones, los daneses, los rugios y los sajones, hermanos de aquellos que habían conquistado la Inglaterra. El irlandés San Willibrod fué consagrado obispo de los frisones, y colocado por Pepino de Heristal en el antiguo *Trajectum*, de donde procedió luego el obispado de Utrecht.

De Inglaterra salió también el apóstol de la Germania Wilfrido, ó sea San Bonifacio. Natural de Kirton en el Devonshire (680), evangelizó á los paganos, y animado en Roma con



la vista y los consejos de Gregorio II, ayudó á San Willibrod á convertir á Frisia. Pasó en seguida al Hesse, donde hizo derribar la encina sagrada junto á Geismar, resto de la antigua superstición druidica, y con su madera edificó la iglesia de San Pedro en Fritzlar, demolió igualmente los ídolos en Turingia, y en Ohrdruff, en el condado de Gleichen, instituyó una escuela para educar misioneros y perfeccionar el cultivo de las huertas y de los campos.

Necesitando nuevos operarios para las cosechas del Evangelio, los reclamó y á su voz salieron de los monasterios anglo-sajones muchos siervos de Dios, lectores, escritores, personas hábiles en diferentes artes, y pasaron á Germania. Formóse entonces en torno del maestro una generación de discípulos, futuros obispos y fundadores de abadías. También acudieron multitud de vírgenes y viudas, madres y hermanas de misioneros, ansiosas de participar con ellos de la gloria y los peligros. Los feroces germanos, poco ántes ansiosos de batallas y de sangre, se arrodillaban delante de aquellas piadosas mujeres, cuyos humildes trabajos están envueltos en la sombra y el silencio; pero la historia les asigna su puesto en los orígenes de la civilización germánica, porque no parece sino que Dios ha querido que haya mujeres junto á todas las cunas.

Á los pocos años contaba ya Bonifacio cien mil convertidos, y teniendo que dar leyes á este nuevo pueblo, para conciliar la austeridad de las tradiciones con la debilidad de las inteligencias, sometió una serie de preguntas al santo pontífice. Gregorio II contestó en doce artículos, con toda la firmeza y condescendencia romana, tratando de la legislación del matrimonio, de la disciplina clerical, y de la administración de los sacramentos; prohibió el uso de las carnes sacrificadas, y la repetición del bautismo conferido por un ministro indigno; ordenó que en caso de enfermedades contagiosas permaneciesen en la población infestada los sacerdotes y los monjes, y que si fuese menester muriesen en su puesto.

En cuanto á los impedimentos matrimoniales dijo, que «lo mejor sería no contraer matrimonio sino en el grado en que cesa de reco-

»nocerse el parentesco; pero inclinándonos á la
»indulgencia más que al derecho estricto, es-
»pecialmente en favor de una nación bárbara,
»queremos que después de la cuarta genera-
»ción puedan permitirse las nupcias..... Los le-
»prosos, si son fieles cristianos, deben ser ad-
»mitidos á la participación del cuerpo y sangre
»del Salvador, pero no á los banquetes públi-
»cos..... En cuanto á los sacerdotes y obispos
»irregulares, no los excluáis de las pláticas
»ni de vuestra mesa, porque sucede con fre-
»cuencia, que espíritus rebeldes á las correc-
»ciones de la verdad se dejan ganar por la fa-
»miliaridad de una vida común, y por la seduc-
»ción de una advertencia amistosa.» Las deci-
»siones de Roma consolaban al caritativo obispo.

El año 731 recibió del papa el palio, en señal de la autoridad metropolitana; y donde poco ántes había establecido la primera cruz de madera, tuvo después organizadas las iglesias de Baviera en las cinco diócesis de Salzburgo, Friesinga, Ratisbona, Passau y Nemburgo. Estableció en seguida el célebre monasterio de Fulda con siete monjes, cuyo número ascendió ántes de su muerte á cuatrocientos, y en él descansó hasta la edad de ochenta años, en que lejos de gozar el reposo que le proporcionaba el arzobispado de Maguncia que había obtenido, fué á predicar otra vez á los frisones, que habían abandonado á Cristo, y murió allí degollado por los idólatras con cincuenta y tres compañeros.

Causa admiración ver con qué sencillez se emprendían expediciones tan peligrosas y con qué celo se llevaban á cabo. Columbano estableció en los Vosges la *laurus perennis*, incesante armonía terrestre en correspondencia con la del cielo. Bonifacio, en su última expedición, hizo poner en su equipaje el sudario con que había de ser enterrado, y el tratado de San Ambrosio acerca de la utilidad y de la ventaja de la muerte. Pedia consejos á Daniel, obispo de Winchester, su antiguo maestro, y éste le respondía: «No os irriteis contra las genealogías de sus falsos dioses. Dejadles repetir que sus dioses nacieron unos de otros á consecuencia de uniones maritales; después les mostraréis que dioses y diosas engendrados humana-



»mente no son más que hombres, y que ha-
»biendo principiado, no existieron siempre.
»Preguntadles entónces si tuvo el mundo prin-
»cipio, ó si es eterno; y si tuvo principio, quién
»lo ha creado; y ántes de la creacion, en qué
»lugares residian estas divinidades que nacen.
»Si responden que es eterno, ¿quién lo gober-
»naba ántes de la venida de los dioses? ¿cómo
»sometieron á sus leyes un mundo que no te-
»nia necesidad de ellos? ¿De dónde provino el
»primero de ellos, y por quién fué engendrado
»el progenitor de los demas?... Dirigidles ta-
»les objeciones, no como desafíos é insultos,
»sino con toda moderacion y dulzura. De vez
»en cuando será menester comparar sus su-
»persticiones con nuestros dogmas, tocándolos
»de manera que los paganos queden confun-
»didos más bien que desesperados, ruborizán-
»dose del absurdo de sus opiniones, y que no
»piensen que ignoramos sus fábulas y ceremo-
»nias criminales... Representadles asimismo la
»magnitud del universo cristiano, respecto del
»cual son ellos tan poco, y para que no se jac-
»ten de lo inmemorial que es la costumbre
»de adorar á los ídolos, enseñadles que fueron
»adorados en toda la tierra, hasta que ésta se
»reconcilió con Dios por la gracia de Jesu-
»cristo.» ¡Cuánta dulzura unida á tanta fuerza
»y autoridad!

Habiendo oido otra vez Bonifacio en Bavie-
ra á un sacerdote que bautizaba con esta fór-
mula: *Baptizo te in nomine Patria et Filia et*
Spiritua Sancta, indignado de tanta ignoran-
cia, declaró nulo el sacramento y dijo que de-
bia renovarse; pero Virgilio se opuso á ello, y
fué sostenido por el Papa. Era aquel Virgilio
fraile irlandés, y sostenia que el mundo era
redondo y que habia antípodas.

Conviene aquí referir el juramento que pres-
tó Bonifacio al pontífice cuando fué elegido
obispo, como se acostumbraba ya desde el tie-
po del papa Gelasio, y el cual es como el acto
solemne de fundacion del derecho. «En nom-
»bre del Señor Dios Jesucristo que nos ha sal-
»vado; imperando el señor Leon el Grande, el
»año VII de su consulado, y IV de su hijo el
»emperador Constantino el Grande, VI Indiccion:
»Yo, Bonifacio, por la gracia de Dios, obispo,

»te prometo, bienaventurado Pedro, príncipe
»de los apóstoles, y á tu vicario, el bienaven-
»turado Gregorio, y á sus sucesores, por la in-
»divisible Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu San-
»to, y por su santísimo cuerpo que está pre-
»sente, observar la fidelidad y pureza de la fe
»católica, perseverar con la ayuda de Dios en
»la unidad de la misma fe, de la cual depende
»sin duda toda la salud de la cristiandad.
»Prometo tambien no consentir ninguna insti-
»gacion contra la unidad de la Iglesia comun
»y universal, y prestarte en todo con fidelidad
»y sinceridad mi cooperacion y auxilio, así
»como á los intereses de tu Iglesia, á la cual
»dió el Señor el poder de atar y desatar, como
»á su vicario y á sus sucesores. Si conociere
»prelados que vivan de una manera contraria
»á las reglas antiguas de los Santos Padres,
»me obligo á no tener con ellos comunion ni
»comercio, ántes bien á reprimirlos si puedo,
y si no, á ponerlo fielmente en noticia de mi
»señor, sucesor del apóstol. Y si (lo que Dios
»no quiera) intentáre obrar contra los términos
»de la presente declaracion, de cualquier ma-
»nera y en cualquier ocasion que sea, quiero
»ser considerado reo en el juicio eterno, é in-
»currir en el castigo de Ananias y Safira, que
»osaron engañaros ocultando sus bienes. Yo,
»Bonifacio, humilde obispo, escribí de mi pro-
»pio puño el texto de este juramento, deposi-
»tándolo sobre el santísimo cuerpo de San Pe-
»dro; y presté, como queda escrito, delante de
»Dios á quien tomo por testigo y juez, el jura-
»mento que prometo observar.»

Como los frisonés detestaban una fe profe-
sada por sus enemigos los francos, San Wig-
berto sacó poco fruto de sus esfuerzos hasta
que el duque Ratbod, obligado por las armas á
someterse á los francos, prometió hacerse cris-
tiano. «Yo tenia un pié en la fuente sagrada,
»cuando se dirigió al misionero preguntándole:
»¿Dónde se hallan las almas del duque mi pa-
»dre y de mis demas antecesores?» Y habién-
»dole contestado el obispo: «En lo profundo del
»infierno,» replicó el altanero frison: «Pues bien,
»no quiero separar la mia de las almas de
»aquellos que han sido la gloria de mi nacion.»

El franco San Emerano predicando entre



los avaros, encontró el martirio en Ratisbo-
na (654); y trasladándose entónces San Ruper-
to, á instancias del emperador Teodosio III, al
país de aquellos bárbaros amenazadores, fundó
sobre las ruinas del antiguo Juvaviano una
iglesia, origen de la ciudad de Salzburgo. La
iglesia de Fresinga fué tambien fundada por
San Corbiniano (718).

Sería prolijo y fácilmente degeneraria en
pesado si hubiera de seguir los oscuros pasos
de estos maestros sin altanería, bienhechores
sin esperanza, y mártires sin fausto. La histo-
ria no suele atenderlos, como tampoco se da
un nombre al arroyo que derrama la abundan-
cia por las tierras, miéntras que se alaba y se
llama rey al Po, que impetuoso devasta los
campos esparciendo la desolacion.

Allí donde se propagó el cristianismo, se
reconoció la fraternidad comun: se hizo ménos
áspera la condicion de los esclavos; la idea de
una vida futura elevó los sentimientos, é indu-
jo á cumplir á lo ménos algunos deberes; pa-
ra comprender los libros santos, fué necesaria
alguna instruccion; y una vez saboreados los
frutos de la ciencia, fácilmente se apasiona uno
de ella. Los hijos de los grandes, que eran en-
viados á recibir la educacion en los conventos,
adquirian en ellos alguna idea de la vida arre-
glada, y aprendian de los monjes el cultivo
del terreno, los oficios útiles, y los hábitos de
orden y sujecion.

Cuando posteriormente los obispos penetra-
ron en las asambleas, regularizaron de algun
modo los consejos nacionales, hicieron decretar
leyes para evitar la violacion pública de la mo-
ral, y asegurar la paz en lo posible. Que si por
una parte suelen descender en sus cánones á
pequeñeces que hacen sonreír, é imponen penas
indignas de un hombre libre, por otra no hay
que perder de vista que acostumbraron á los
bárbaros al saludable yugo de las leyes, y en-
señaron á dar á la vida un precio inestimable,
logrando que el homicidio no pudiese compo-
nerse con dinero.

En las cofradías religiosas se borraba la di-
versidad de origen, y se elevaba al vencido
hasta la esfera del dominador. Convertidos en
propietarios los eclesiásticos no hubieran podi-

do abolir de golpe la esclavitud, cuando apé-
nas se tenía idea del trabajo libre, y la eman-
cipacion de los colonos hubiera parecido un
hecho tan extraño como hoy pareceria el des-
truir los árboles; pero se mejoró la condicion
de los colonos y de los esclavos, tanto por el
espíritu de misericordia que se desprende de
toda la doctrina de la Iglesia, cuanto por la
manera que tuvo ésta de considerar el trabajo
manual, impidiendo que el precio decayese más
de lo justo, como ocurrió cuando el protes-
tantismo sustituyó á toda otra consideracion el
trabajo á mínimo precio, y engendró la gan-
grena que corroe actualmente la sociedad. El
clero, en fin, admitiendo á las órdenes sagra-
das á sus siervos y á los ajenos, abrió un nue-
vo sendero á la emancipacion; y dando tierras
á renta temporal, por medio de la enfiteúsis,
preparó la mayor revolucion de la edad media,
el cultivo libre.

En suma, el cristianismo, libertad y freno
de la libertad, se puso al frente de la civiliza-
cion, de tal suerte que la historia del uno es
la de la otra, y sólo en él podemos encontrar
la unidad, que habia desaparecido de las otras
instituciones y de la política. Ningun otro víncu-
lo más que el religioso unió en adelante al Oc-
cidente y al Oriente; éste sometió sus creen-
cias al pontífice de Roma, y aquél aceptó los
grandes concilios de Oriente, aun cuando asis-
tieron á ellos muy pocos de sus obispos. Sin
embargo, habia entre ambas Iglesias marcadas
diferencias, y miéntras el Oriente disputaba
sin fin acerca de los dogmas, multiplicándose
las sectas y herejías, el genio práctico de los
occidentales atendia con preferencia en los
concilios particulares á la disciplina y á corre-
gir las costumbres; de tal suerte que de cin-
 cuenta y cuatro celebrados en las Galias en el
siglo VI, sólo los de Orange y Valenza discu-
tieron las doctrinas, condenando á los semi-
pelagianos.

Los emperadores de Oriente, teólogos y edu-
cados entre las disputas, turbaban frecuentemente
las conciencias, y hasta querian impo-
ner con la espada sus opiniones. Pero los prin-
cipes bárbaros no comprendian ó despreciaban
aquellas sutilezas; algunos, como Teodorico,